



Palabras para recibir al Dr. Aristides Royo Sánchez en la Academia Panameña de la Lengua¹

POR ARISTIDES MARTÍNEZ ORTEGA

Miembro de número de la Academia Panameña de la Lengua

Una inesperada y feliz coincidencia me permite en la noche de hoy, en ceremonia formal de la Academia Panameña de la Lengua, recibir al Dr. Aristides Royo Sánchez como académico de número, luego de haber leído su discurso sobre «El Canal en la literatura istmeña». El recipiendario ocupará la silla J, que dejó vacante el Dr. Diógenes de la Rosa, de modo que destacaré a dos ciudadanos históricos con quienes me unen, más que lazos de amistad, sólidos lazos fraternales.

El Dr. Diógenes de la Rosa, uno de los intelectuales más importantes del siglo XX panameño, fue mi maestro; la luz de su pensamiento y de sus conocimientos me alumbró vastos campos de la cultura nacional y universal. Me recibió en la revista literaria que fundó y dirigió, *Letras de Panamá*, en el año que terminé mis estudios secundarios y estaba por iniciar los universitarios en Chile. D. Bonifacio Pereira y él asesoraban al grupo literario Demetrio Herrera Sevillano, compuesto por jóvenes que iniciábamos la carrera literaria a mediados de la década del cincuenta.

¹ Discurso de bienvenida a D. Aristides Royo Sánchez como miembro de número de la Academia Panameña de la Lengua. Panamá, 23 de mayo de 2013.

En los años en que Diógenes iba y volvía del Istmo, ocupado en asesorar a presidentes de El Salvador, Venezuela y Panamá, y ya terminados mis estudios en Chile, mantuve un diario contacto con él, realizando algunos proyectos culturales. Me enseñó los secretos de la imprenta, y, cuando me designaron editor de la revista *Lotería* en 1969, fue él quien me asesoró en la nueva imagen gráfica y temática de esta importante publicación que dirigí hasta 1982.

Mantuve esa relación fraternal con Diógenes hasta el año de su muerte. Muchos hechos desconocidos de nuestra historia política y literaria de los primeros años del siglo XX los conozco por las largas conversaciones con él. A Diógenes de la Rosa se le recuerda hoy como un político, que actuó en el escenario histórico del Panamá del siglo XX, en los hechos políticos de mayor trascendencia, aliado o enfrentado con los más importantes personajes de la historia panameña, desde Porras, Alfaro, Morales, Andreve y Arias Madrid hasta Torrijos.

Sin embargo, se desconoce su trabajo cultural, especialmente literario, que está disperso en revistas y diarios, en los que escribió sobre obras, novelistas y poetas. Precisamente por sus aportes a la cultura nacional fue distinguido como miembro de número de la Academia Panameña de la Lengua.

* * *

Con Aristides, los lazos se remontan a nuestras familias. Lo estoy tratando desde que él era un niño y yo un adolescente, compañero inseparable de su hermano Ricardo.

El retrato de la época en que fue estudiante del Instituto Nacional presentado en su libro *El Instituto Nacional de Panamá, recuerdos y vivencias de una época*, 2009, es un testimonio más cerca de lo literario que de lo sociológico. Este acercamiento, prudente, a la literatura, ya lo había manifestado en su libro *Laberinto de ausencias*, que tiene como subtítulo *Artículos periodísticos*, aclaración que no revela el verdadero valor de este trabajo, presentado en una prosa que se distingue por lo literario más que por lo periodístico.

El libro presenta ochentatrés escritos que cubren 490 páginas y cuya temática es una muestra de la amplia cultura de su autor, cultura que no solo procede de la lectura, sino también de los innumerables viajes con que ha complementado su curiosidad intelectual.

Para enmarcar en un género este libro que va más allá de lo periodístico, de la crónica, del testimonio, del texto educativo, del ensayo, pero que de todas las modalidades mencionadas tiene algo, o bastante de cada una, hay que recurrir a una etiqueta sin registro.

Yo lo aprecio como un diario bibliográfico, es decir, sus experiencias como lector profesional, pues se trata de comentar libros y hechos relacionados con la historia, la política, la ciencia, los acontecimientos, la literatura. Hay que destacar también en *Laberinto de ausencias* el acierto selectivo de la innumerable información que el autor presenta en cada uno de sus escritos, como también hay que apreciar su prosa elegante y amena.

El Dr. Royo es el tercer presidente que ocupa una silla en la Academia Panameña de la Lengua. Antes que él, fueron el D. Ricardo J. Alfaro y D. Ernesto de la Guardia.

Me distinguió en su gobierno como director del Instituto Nacional de Cultura, institución que tuvo una atención y un apoyo como nunca antes ni después ha tenido la cultura nacional. A todas las iniciativas que le propuse para divulgar y fortalecer la cultura les dio carácter de prioridad; pude adquirir un teatro móvil que recorrió el país de este a oeste, presentando teatro, balé, conciertos, conferencias, folclor, en llanos y lotes de las ciudades y los campos. Dos iniciativas suyas atendió personalmente: la primera, continuar las ediciones de la *Biblioteca de la Cultura Panameña*, que había iniciado Carlos Manuel Gasteazoro en la Universidad de Panamá. El proyecto fue continuado y dirigido por él desde la Presidencia de la República. Su otro proyecto fue la Biblioteca Nacional, que visualizó como un edificio de varios pisos, exactamente donde estuvo el hotel Tívoli, antigua propiedad norteamericana. No le fue posible realizar su sueño, pero allí está algo de esa ilusión: la Biblioteca Nacional en el parque Omar prestando un servicio moderno y eficiente al país. Sus proyectos estrella no eran de cemento, eran de libros.*

Las temporadas de verano en el parque Omar se iniciaron en el primer año de su gobierno, así como muchos programas que se presentan hoy como novedades.

Con este conjunto de anécdotas quiero demostrar cómo las generaciones cuyo comportamiento normal es luchar entre ellas por fijar el rumbo de un país en todos los órdenes, social,

* Recordar a Raúl Rolando Rodríguez Porcell.

político, cultural, en más de una ocasión se funden y realizan trabajos unidos, como en el caso de Diógenes, Aristides y yo. Y esta noche volvemos a coincidir, esta vez en la historia de la Academia Panameña de la Lengua.